



# La traducción: un modelo de análisis del discurso

Salvio Martín Menéndez

*En el marco de la mesa redonda organizada por el Colegio de Traductores Públicos La traducción literaria: textos a través del espejo en la XX Feria del Libro y en Villa Ocampo en Mar del Plata, Salvio Martín Menéndez presentó la traducción, literaria en este caso, como un modo particular de análisis del discurso que supone en el texto traducido una condensación definitiva y provisoria de las elecciones llevadas a cabo por los traductores. Ejemplificó los alcances de su propuesta a partir de un análisis comparativo de cuatro traducciones al español de un fragmento del Ulyses de James Joyce. Las interpretaciones de Jorge Luis Borges, Enrique Pezzoni, Ramón Alcalde y José María Valverde se explicaron a partir de las descripciones de las opciones elegidas por cada uno de ellos.*

**T**raducir es uno de los actos de habla por excelencia. Impuesto como necesidad social (*¿qué quiere decir esto?* pregunta dominante que obligatoriamente lleva a la traducción inicial, la de la propia lengua), la traducción regula no solo nuestros puntos de vista sobre el mundo (podemos decir “Señor, ha citado usted mal ya que Sócrates nunca escribió nada” o “Señor, es usted lisa y llanamente una bestia porque Sócrates nunca escribió nada”) sino el propio mundo en tanto construido a partir de un sistema convencional que —justamente por ese carácter que se supone “económico”— debemos aceptar (no es lo mismo comenzar una milonga en la que la cantante dice *yo sé lo que los hombres piensan de mí* que diciendo *se dice de mí*; la elección condiciona, sin duda, el efecto)

Es cierto, sin embargo, que traducir tiene distintos alcances. Pero no distintos límites. Los límites son un problema lingüístico; los alcances discursivos.

Se impone, no hay duda de ello, una aclaración o, mejor dicho, una *traducción* de lo que acabo de decir.

Partamos de los alcances. Si traducir fuera exclusivamente un problema lingüístico, es decir, un problema de equivalencia *automática* entre palabras, oraciones o textos, la información que los diccionarios y las gramáticas (y acá restrinjo el alcance de la traducción) dan, serían los únicos elementos que nos permitirían acceder al conocimiento de una lengua, la ajena, a través de otra, la propia.

Esto supondría que cualquiera que pudiera manejar una gramática y un diccionario bilingüe, podría convertirse, por el hecho de hacerlo, en traductor de cualquier otra (la situación hipotética supone, por supuesto, gramáticas generales y diccionarios supuestamente irreprochables)

Parece obvio afirmar que una lengua no es, ni puede reducirse, a un léxico y una gramática; esto implica que cuando decimos *una* lengua, pensamos en *usar una lengua*. Y lo mismo sucede con la traducción. Nadie puede negar que un diccionario y una gramática son condiciones necesarias para llevar a cabo una traducción; nadie, tampoco, que son suficientes. Es en este punto en el que la lingüística encuentra su límite. Y del otro lado aparece la manera de superarlo, el *discurso*.

---

Nadie puede negar que un  
diccionario y una gramática son  
condiciones necesarias para llevar  
a cabo una traducción; nadie,  
tampoco, que son suficientes.

---

### **Eso que llaman *discurso*.**

El discurso supone dos instancias de las que hasta el momento no hemos hablado y son las que lo condicionan desde su constitución como tal: el sujeto que lo produce y el contexto, las circunstancias en la que esa producción se lleva a cabo. Es importante hacer notar dos cosas: la primera, el carácter dinámico de la propuesta discursiva; la segunda, su carácter siempre provisorio.

Los discursos son los ejemplos concretos de ese cambio. Cambios que no solo deben pensarse en términos de coordenadas históricas aisladas de contextos específicos sino en términos de uso en situaciones particulares.

Una de esas situaciones es la de una comunidad que produce y lee traducciones. Y en función de esa característica de nuestra sociedad tan obvia como necesaria, *la traducción no es sino un uso más que hacemos de la lengua*.

Si la traducción es un uso particular de la lengua, es lógico que dependamos de los traductores que son sus representantes. Confiamos no por convicción sino por dependencia (no nos queda más remedio en la mayoría de los casos; como no estar resignados a escuchar a un actor polaco que habla en polaco en una película polaca hablar tres minutos para leer simple y escuetamente un subtítulo que dice: *Es así*). Ellos siempre desconfían porque saben que no dependen de nosotros (a lo sumo dependen de los comentarios *entre ellos*).

El traductor es básicamente un desconfiado que se disfraza de lo contrario. Tiene que creer lo que sabe de antemano que no puede creer. Sabe que es un delegado de una escritura que no originó. Pero sabe también que es su absoluto propietario en su lengua. Propietario temporal, dueño ficticio, es básicamente

un inquilino de su lengua. Sabe que su escritura es siempre *otra versión*; nunca, la definitiva.

Y es este carácter provisional, inconcluso, lo que hace de él un representante privilegiado dentro de los analistas del discurso.

---

El traductor es básicamente un desconfiado que se disfraza de lo contrario. Tiene que creer lo que sabe de antemano que no puede creer. Sabe que es un delegado de una escritura que no originó.

Pero sabe también que es su absoluto propietario en su lengua. Propietario temporal, dueño ficticio, es básicamente un inquilino de su lengua. Sabe que su escritura es siempre *otra versión*; nunca, la definitiva.

---

### **El traductor: un analista privilegiado del discurso.**

Veamos qué se propone un analista del discurso. En términos generales, tal vez demasiado generales, dar cuenta del funcionamiento social del lenguaje a partir de un relevo de las estrategias discursivas que los hablantes utilizan para obtener un fin socialmente predeterminado: comunicarse. Esa comunicación depende fundamentalmente de un intercambio intencional en que los participantes que intervienen cooperan para llevarlo a cabo.

Un hablante simplemente combina posibilidades; opta por formas y significados en relación con esa intención que tiene una dependencia social. Es obvio que no hablamos siempre igual sino que lo hacemos de acuerdo con las circunstancias. Y si no respetamos las reglas del juego, siempre sabemos —o nos hacen saber— de esta elección equivocada. Las razones que permiten interpretar el por qué de estas elecciones suponen un analista. Ahí se ubica para llevar a cabo su tarea. Sigue el siguiente recorrido: descripción de las formas elegidas en una situación particular y una explicación de su funcionamiento. Luego, la interpretación encuentra su lugar natural porque puede fundamentarse.

Estos tres pasos, siempre presentes aunque no necesariamente reconocidos en toda teoría (de la que las lingüísticas no son, por supuesto, una excepción) suponen un orden y un marco. El marco es la teoría lingüística dentro de cuyos límites se opere. Teoría que supone una idea acerca del lenguaje: en definitiva, una ideología sobre la lengua.

El traductor opera de esta manera pero su interpretación es la elección final por la que opta en su texto. Esta opción supone estos pasos y, lo que es aún más importante, su condensación final: la versión que propone.

Traducir es, entonces, un tipo de representación particularmente condicionada. Duplica ostensiblemente lo que hacemos cuando hablamos, cuando usamos la lengua. Su condicionamiento es evidente: la duplicación pone en escena una determinada visión del mundo (la lengua de la que se traduce) en la propia visión (la lengua a la que se traduce). El traductor no es meramente

un mediador sino el encargado de representar en sus propios términos (los de su lengua), los otros términos, los que necesariamente debe interpretar (los de la otra lengua).

Traducir es, entonces, un tipo particular de análisis del discurso. Particular porque su descripción, explicación e interpretación se llevan a cabo en la exhibición del texto traducido. Es ahí que es posible verificar el alcance de las opciones que ese escritor duplicado, el traductor, ha llevado a cabo.

### Las t(o)(a)rtitas de Joyce.

Un simple ejemplo. Comparemos una línea del final del último capítulo del *Ulyses* de Joyce y tomemos tres versiones, una contemporánea y parcial (solo la parte final del monólogo de Molly Bloom) a la aparición del texto (París 1922), la de Jorge Luis Borges aparecida originalmente en *Proa* en el año 1925 y tres recientes: las de Enrique Pezzoni y Ramón Alcalde, que traducen el mismo fragmento que Borges, en *Sitio* en 1982, y la de José María Valverde, completa, aparecida en Lumen en 1976.

Dice el texto de Joyce:

[...] I wear a white rose or those fairy cakes in Liptons [...]

Las traducciones:

Borges: [...] *usaré* una rosa blanca o esas *masas divinas* de lo de Lipton [...]

Pezzoni: [...] *llevaré* una rosa blanca o esas *tartas fabulosas* de Lipton [...]

Alcalde: [...] *llevaré* una rosa blanca o esas *tortitas de hadas* en Lipton [...]

Valverde: [...] *me pondré* una rosa blanca o esas *magdalenas* de Liptons [...]

Dos decisiones importantes que deben tomar se basan en la elección del verbo y como llamar a uno de los objetos afectados por él. Borges prefiere el verbo *usar* (*algo como vestimenta o adorno*) y no el más ambiguo (y peninsular) *llevar* que eligen Pezzoni y Alcalde. Valverde opta por *poner* en el sentido de *usar* y sin ambigüedad posible. La elección del primero toma una decisión precisa con respecto a su objeto inmediato, *la rosa blanca* y no resuelve —ni tiene por qué resolver— la aparente imposibilidad de la disyunción (de hecho, se puede *usar una rosa blanca* pero no se puede *usar una masa*). Borges parece optar por un juego que opera entre la precisión (*usar*) y la imposibilidad. Valverde atenúa el alcance borgiano; de hecho, se puede *poner una magdalena* ¿pero dónde?; la disyunción tampoco se resuelve. Pezzoni y Alcalde acuerdan en elegir el verbo *llevar* que permite la interpretación de Borges pero también la de *conducir* o *transportar* que es por la que optan. Esta elección limita la ambigüedad y condiciona la interpretación: se *traslada* la rosa y se trasladan las tortas y la disyunción queda justificada. Se acentúa aquí la lógica de la lengua.

La deliberada ambigüedad es resuelta por los traductores, como vemos, de maneras diferentes: exhibiéndola (Borges, Valverde), ordenándola (Pezzoni, Alcalde).

La segunda decisión pasa por uno de los objetos del verbo. Las tres opciones aquí son diferentes.

Borges prefiere *masas divinas de lo de Lipton*, una versión muy porteña no solo por el objeto (*masas*) sino por su calificación (*divinas*) y su procedencia. Molly-Bloom tiene para Borges un registro cuyo tufo, o sabor, proviene del barrio Norte en particular y de una postura con respecto al español del río de

la Plata en general. (cf. *Inquisiciones y El idioma de los Argentinos*)

Valverde apela a la tradición literaria; la inscripción es evidente (Proust); su consecuencia, también: la neutralización del localismo.

Pezzoni es más cauteloso (y, tal vez, más efectivo); las *masas* borgianas devienen *tartas*, ya no son *divinas* sino *fabulosas* y no se personaliza el lugar de procedencia sino que se lo neutraliza con una preposición *de* más el nombre, *Lipton*. La marca dominante es justamente ese efecto de distanciamiento con respecto a un dialecto predominante. La combinación es efectiva: *tarta* no es la palabra más habitual en el río de la Plata; sí su calificación y la manera de denominar su lugar de procedencia.

---

**El traductor no es meramente un mediador sino el encargado de representar en sus propios términos (los de su lengua), los otros términos, los que necesariamente debe interpretar (los de la otra lengua).**

---

Alcalde es desconcertante (lo que no necesariamente es un problema). Las *masas* transformadas en *tartas* se tiñen del infantil *tortitas* (recuérdese la feminista canción infantil “tortitas de manteca, mamá me da la teta; tortitas de cebada, papá no me da nada”) acompañadas por un *de hadas*. La explicación posible es el juego sonoro en inglés que —sin éxito, a mi entender— trata de reproducir en español: el *fairy cakes* evoca, sin duda, al *fairy tales* (cuentos de hadas); juego sonoro que en español se pierde absolutamente y cuyo resto es un complemento preposicional extravagante. Traducción que piensa en un lector sumamente culto que consulta el original para entender la traducción que lee justamente porque no entiende ese original que ahora consulta. Por último la elección de la preposición *en* remite más a un pueblo o ciudad que a una panadería que al nombre del dueño del establecimiento.

El ejemplo muestra claramente, creo, que si la traducción tuviera que tener una marca de especificidad, estaría dada por la diferencia (o la disidencia) a partir de las elecciones que llevan a cabo cada uno de los traductores.

Esa diferencia tiene su lógica y su explicación. Y creo que es simple. Cada traductor escribe en un registro particular que representa su relación con sus dos lenguas, su sistema de opciones. Pero cuando escribe está usando su lengua, más allá del horizonte de la gramática y del diccionario; de ahí que su sistema de opciones sea en realidad un plan, un conjunto de estrategias, es decir, un dispositivo de decisiones. Y debe pensar también en su potencial público lector. Y en una época particular, la suya, a la que no puede, aunque quiera, dejar de pertenecer. De ahí, las diferencias y los desacuerdos entre los traductores. De ahí, también sus puntos de contactos.

En definitiva, se trata de escribir. Analizar discursos en forma de traducciones no es sino otra excusa de ese otro uso particular de la lengua: la escritura. Y es, sin duda, una muy buena excusa.

Salvio Martín Menéndez es profesor de Lingüística y Gramática Textual en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidades de Buenos Aires y de Lingüística en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Mar del Plata. Su último libro *Gramática textual* fue editado por la editorial Plus Ultra.